

La literatura profética

Dr. Esteban Voth

Introducción

Hace mucho, mucho tiempo, los profetas dieron el mensaje de Dios a nuestros antepasados. Lo hicieron muchas veces y de muchas maneras (Heb 1.1, TLA).

La literatura profética ocupa un lugar importante en la Biblia. Esto se debe no solo a la cantidad de escritos proféticos que están en el texto bíblico, sino al tipo de mensaje que proclaman y ofrecen. Esta literatura escrita que recoge la vida, la obra, y el mensaje de los denominados profetas exhibe una diversidad inusual. Esto hace que sea muy interesante y compleja a la vez. No es aconsejable hablar de una literatura profética bíblica homogénea. Desde los mismos autores-profetas surgen una diversidad y una creatividad que atentan contra todo reduccionismo y contra toda categorización simplista. Una sistematización rígida le quitará a esta literatura su esencia y su poder transformador. Es imprescindible que al confrontarse con esta literatura, el lector se abra a una experiencia rica, multifascética y desafiante. Así se nutrirá de asombro, de paradojas, de desafíos, y de proclamas esperanzadoras.

La literatura profética

El mensaje de los profetas de Israel estaba dirigido primordialmente a los que formaban parte del pueblo de Dios. Los destinatarios principales eran los israelitas que habían hecho una alianza con el Dios de la historia. Esto sugiere que siempre existió una relación estrecha entre el profeta y su comunidad. Tal es así que, a pesar de que el mensaje profético contenía (y contiene) una crítica profunda, el pueblo de Israel de alguna manera lo asimiló, lo repitió, lo re-transmitió y lo actualizó constantemente. En este sentido vale señalar que la literatura profética que está presente en el canon es el producto final de un proceso muy largo de transmisión, redacción e interpretación por parte de la comunidad de Israel. Seguramente que el núcleo del mensaje del profeta particular está preservado, pero esto no quita que el documento final que hoy podemos leer no sea el resultado de un trabajo comunitario que se preocupó por transmitir de generación en generación aquello que ardía en el corazón del profeta. El hecho de que el mensaje profético se haya preservado hasta siglo 21 de nuestra era habla de la importancia y del valor que tiene esta literatura.

Contexto histórico

Es imposible hacer una interpretación adecuada de la literatura profética del Antiguo Testamento si no ubicamos a los profetas en su contexto religioso, social, histórico y político. Ningún profeta vivió ni proclamó en un vacío. Todos pertenecieron a una época específica con características particulares. Los profetas vivieron de cerca el devenir histórico de su nación junto con el de las naciones vecinas. Por lo tanto para comprender la conducta y la proclamación de los profetas es clave meterse en su historia, y así descubrir el mundo que dio a luz a estos personajes.

En este capítulo centraremos nuestra atención en los profetas que dejaron sus mensajes por escrito. Los profetas que

La literatura profética

aparecieron antes en la historia, alrededor de los siglos XI-IX a.C., son tan importantes como los que fungieron en los siglos VIII-VI a.C. Pero de ellos no tenemos obras escritas en el canon. Por lo tanto, a efectos de analizar y comprender los géneros literarios utilizados por los profetas, nuestra atención se dirige hacia los profetas que nos legaron sus obras literarias.

En el siglo VIII a.C. Israel y Judá eran pequeñas monarquías divididas que se disputaban el poder y la ocupación de la tierra en medio de muchos otros países pequeños, tales como Edom, Moab, Siria, Fenicia, y otros. A su vez, vivían bajo la presión opresora de las potencias del antiguo Cercano Oriente que en ese momento eran Egipto, Asiria y Babilonia. Estas grandes potencias siempre buscaban dominar la zona de Palestina antigua ya que esta se constituía en una especie de puente entre la región mesopotámica y el territorio de Egipto. La suerte tanto de Israel en el norte como la de Judá en el sur estaba en manos de estas potencias. Es sabido que los grandes imperios antiguos de esta zona lograban su verdadero apogeo únicamente cuando consolidaban su control sobre la zona Siro-Palestina. Dominar la zona donde se desarrollaban las pequeñas monarquías de Israel y Judá les daba acceso a muchos recursos naturales, a rutas comerciales y marítimas, y a la posibilidad de cobrar impuestos muy altos.

La presión que ejercían estas grandes potencias no era sólo a nivel político y económico. También imponían sus religiones y sus dioses. Más de una vez, el hecho de hacer una alianza con alguna de las potencias implicaba aceptar su sistema religioso y colocar a los ídolos dentro del templo de Dios. Es en medio de esta situación socio-política y religiosa que Dios llama a profetas para ser portadores de su palabra, y agentes de transformación en una sociedad tan vapuleada. A continuación veremos algunos eventos históricos que sirven de marco para comprender el mundo en el que los profetas proclamaron una alternativa teológica a la realidad que se estaba viviendo.

La literatura profética

Israel y Judá durante el siglo VIII a.C.

Hacia ya más de un siglo que el reino de Israel se había dividido en dos: el reino del norte, llamado Israel, y el reino del sur, llamado Judá. Estos dos reinos, a principios del siglo VIII a.C., gozaron de un tiempo de prosperidad. Esto se debió a que había una especie de vacío de poder en la zona, ya que los asirios no lograban imponer su poder sobre los sirios ni sobre los egipcios. Esta situación permitió que tanto Israel como Judá pudieran recobrar cierta prosperidad que hacía recordar un tiempo pasado cuando reinaron David y Salomón. Durante la primera mitad del siglo VIII a.C., el rey Jeroboam II logró recuperar casi todo el territorio que Israel había perdido en los años anteriores, y además pudo controlar algunas de las rutas comerciales. Esto significó para Israel una recuperación económica importante. Cuando las grandes potencias políticas y económicas del antiguo Cercano Oriente no lograban imponer su poder, los pequeños reinos de Israel y Judá aprovechaban la situación para crecer y disfrutar de cierta independencia política y económica.

Durante la última mitad del siglo VIII a .C. comenzaron a sucederse una serie de momentos clave que afectaron tanto a los reinos de Israel y Judá como al contenido de las proclamas proféticas. En el año 745 a.C. hubo una rebelión en Asiria. De esta surge un nuevo rey llamado Tiglat-Pileser III. Este rey logró consolidar el poder en su país y comenzó a conquistar los estados vecinos. Tiglat-Pileser III fue el rey que comenzó la práctica de exiliar a los pueblos que conquistaba. Esta fue su estrategia para ejercer el control sobre las naciones vencidas. Durante 40 años su reinado tuvo efectos negativos sobre la zona Siro-Palestina. Es precisamente durante estos años que el profeta Amós levanta su voz porque la sociedad en Israel había abandonado los valores establecidos por el pacto trazado con Yavé. La presión de Asiria junto con los crímenes sociales que se daban en Israel fueron factores que causaron una desintegración estrepitosa de la sociedad de Israel.

La literatura profética

Esta situación de presión que comenzaba a ejercer el imperio asirio generó una crisis difícil de sobrellevar para los reinos de Israel y Judá. La amenaza constante de este gran imperio motivó a otros estados a unirse para contrarrestar el poder asirio. Fue así que Israel, Siria y otros estados formaron una coalición anti-asiria. Esta coalición pretendía que Judá se sumara a dicha alianza para colaborar en contra de Asiria. Pero en Judá la facción que estaba a favor de Asiria era muy fuerte, y el rey Acaz compartía ese sentir y se negó a participar de la coalición anti-Asiria. Además, ante el inminente ataque Siro-israelita en contra de Judá, ésta decidió pedirle ayuda a Tiglat-Pileser III para poder defenderse del ataque. Esta decisión de aliarse con Asiria tuvo consecuencias en diversos ámbitos. En el contexto geopolítico de la región, a Tiglat-Pileser III se le abren puertas para comenzar a ejercer su dominio en ese corredor geográfico representado por la zona de Canaán. Para la coalición Siro-israelita significó un golpe difícil de asimilar. En cambio, en el contexto teológico-religioso, para el profeta Isaías, la decisión de Acaz representó una total falta de confianza en el Dios verdadero. Judá decidió confiar más en alianzas políticas que en el Dios todopoderoso que lo había liberado de la esclavitud en Egipto demostrando así su señorío sobre las naciones. Tiglat-Pileser III no dudó en brindarle ayuda y apoyo a Judá. Pero esto significó que Judá se convirtió en un vasallo de Asiria y tuvo que aceptar la intromisión de los dioses asirios y de costumbres ajenas en el mismo seno del Templo de Yavé.

Otro momento clave en la historia de estos reinos divididos que ayuda a comprender el mensaje de los profetas es la destrucción de Samaria, capital del reino del norte, alrededor del año 722 a.C. Esto se podría explicar de diversas maneras. Por un lado, Israel vivía momentos críticos de inestabilidad política. Por otro lado, el imperio de Asiria seguía creciendo y extendiendo sus brazos poderosos y opresores. En cambio, para el profeta, la caída y destrucción de las diez tribus del norte, se debió a la idolatría y a la desobediencia sistemática por parte del pueblo para

La literatura profética

con las estipulaciones del pacto. La interpretación profética de estos eventos fue que, en última instancia, Asiria no era más que un instrumento en manos de Dios para castigar al Israel idólatra y rebelde.

Judá durante el fin del siglo VIII y el principio del siglo VII a.C.

A partir del año 715 a.C. el rey de Judá fue Ezequías. Este rey, según el profeta Isaías cometió varios errores. Durante este tiempo Asiria sufrió varias rebeliones y su poder comenzó a mer- mar en el concierto internacional de las naciones del antiguo Cer- cano Oriente. En el año 705 a.C. accede al poder un nuevo rey en Asiria llamado Senaquerib. Este rey logró calmar algunas rebelio- nes y además pudo consolidar su poder en el trono de Asiria. En este resurgimiento del poder de Asiria, Ezequías, rey de Judá no tuvo mejor idea que rebelarse contra Asiria y se unió a una alianza anti-Asiria. Senaquerib no tardó en reaccionar y decidió atacar a Judá para una vez más tenerla bajo su control.

Ante esta situación, Ezequías busca el consejo del profeta Isaías. El profeta le dice que la solución al problema es confiar en Yavé. Según el criterio del profeta Isaías, el pueblo debe creer que Yavé ha de intervenir a su favor tal como lo había hecho en el pasado. Sin duda esto representaba un desafío difícil para Ezequías y su pueblo. Para colmo de males, Senaquerib y los asirios anuncia- ban que Yavé los había enviado y que el mismo Yavé apoyaba el ataque asirio contra Judá. El final de este momento le dio la razón al profeta Isaías. Senaquerib fue derrotando ciudades y pueblos de Judá, y de esa manera fue arrinconando a Jerusalén. Luego sitió a Jerusalén por largo tiempo, pero un milagro de Dios salvó a la ciudad elegida. Este evento generó una teología de esperanza basada en la presencia del Templo de Yavé y la ciudad de Yavé. El pueblo de Judá comenzó a colocar su esperanza en la realidad física de estos lugares, en vez de basarla en su relación de pacto con Yavé.

La literatura profética

Esto también tuvo sus efectos en el tipo de mensaje que proclamaron los profetas hebreos de esta época.

El largo reinado de Manasés también debe considerarse como un elemento de mucha influencia sobre los profetas, sus vidas y sus mensajes. El Manasés ocupó el trono de Judá más años que el propio David. Desde el punto de vista teológico de los profetas, Manasés hizo todo lo contrario a lo que el pacto con Yavé había establecido. Promovió la idolatría entre los habitantes de Judá e hizo reconstruir varios lugares de culto pagano. Según los profetas de esta época, el liderazgo rebelde de Manasés causó la caída estrepitosa de Jerusalén junto con el pueblo de Judá.

Judá durante los últimos años del siglo VII a.C.

El último evento significativo que ocurrió durante los últimos años del siglo VII fue la muerte del rey Josías. Según la evaluación del profeta Jeremías, este rey había logrado comprometerse seriamente con las demandas del pacto con Yavé. Josías hizo justicia. Se ocupó del huérfano, de la viuda y del extranjero. Guió al pueblo de Judá en el camino de la lealtad a Yavé. Algunos datos históricos sugieren que Josías instituyó una reforma religiosa-espiritual a partir de la lectura seria de lo que podría ser el texto de Deuteronomio. Todo esto llenó de esperanzas al pueblo de Judá.

Durante este momento bueno de Josías y de su pueblo, el faraón Neco de Egipto decidió pasar por el territorio de Judá con su ejército para ir a atacar a los babilónicos. Josías tuvo la pésima idea de tratar de impedir el avance de los egipcios. En la batalla que se suscitó, el faraón Neco y su ejército mataron a Josías. Esta derrota rotunda sufrida por Josías y su ejército fue un aviso de que Jerusalén y todo su pueblo serían derrotados y llevados al exilio. Con la muerte de Josías se esfumaron todas las esperanzas de Judá. Esta situación de angustia, confusión y desazón se convirtió en el contexto clave, desde el cual el profeta proclamó su mensaje.

La literatura profética

Las diferentes caras de los profetas

Los profetas aparecen en la Biblia con diferentes nombres y funciones. Si bien, llegaron a ser conocidos como «profetas», no siempre fueron llamados así. Según la época histórica y según la función, estos hombres y algunas mujeres fueron caracterizados y conocidos por los siguientes títulos.

ro'eh ()

En general, el significado de *ro'eh* es «vidente». No obstante, en muchos casos podemos ver que funciona de forma diferente que el *jozeh* (ver siguiente párrafo). En ciertas ocasiones se puede considerar al *ro'eh* más como un adivino (cf. I S 9.9, 11). Muchas veces se piensa que la actividad del adivino es algo mecánico. Pero vemos que a menudo la respuesta del *ro'eh* no involucra una acción mecánica como la que se utilizaba en el uso del Urim y el Tumim. Es decir, el adivino le da una respuesta oral a quien la busca directamente. En este sentido uno puede sugerir que la actividad del *ro'eh* se da en un marco específico de interacción social.

Sin embargo, no se debe ser categórico en estos casos. Por ejemplo, al profeta Samuel se le llama *roéh*. Pero a otros que cumplen la misma función que un *ro'eh* no se les llama así. Esto se puede ver en el caso del profeta Ezequiel. En un momento dado, los jefes de Israel quieren consultar a Yavé y se sientan frente al profeta para recibir el mensaje de Yavé. Sin embargo, a Ezequiel no se le caracteriza con el título *ro'eh* (Ez 20.1). También es interesante el caso de Balaam en Números 22.7.

En todos esos casos, es claro que el *ro'eh* actúa como un intermediario, y que existe una interacción entre el *ro'eh* y el que solicita información de la divinidad.

La literatura profética

jozeh ()

Este título para «profeta» es el que se utiliza para designarlo más específicamente como «vidente». Es interesante notar que esta designación aparece en forma preponderante en los profetas de Judá: Amós 7.12; Isaías 29.10; 30.9-10; Miqueas 3.5-8. En estos libros es bastante común encontrar informes de visiones y de hecho existe una tradición a través de la cual se forman «series de visiones»:

- Las 5 visiones de Amós (7.1-9; 8.1-3; 9.1-4)
- Las 4 visiones de Ezequiel (1.1; 8.1; 37.1; 40.1)
- Las 8 visiones de Zacarías (1-6)

Una diferencia que tenemos aquí en relación con lo que vimos con el *ro'eh* es que en estos casos no hay una solicitud directa por parte de una audiencia o de un individuo. De todas maneras, este medio de «profecía» es tan importante como cualquier otro. Quizá en la literatura erudita o en el contexto de ciertas comunidades eclesíásticas se la desmerezca un poco por ser una conducta visionaria, pero sin duda tiene su importancia en medio de todo el mensaje profético.

navi' ()

Este es el término más común que se utiliza para referirse al «profeta». En un sentido, este título representa el «ideal» dentro del movimiento profético. En este caso, el uso del título *navi'* se reserva más para la función de profeta en la que se conjuga la de percepción auditiva junto con la emisión de palabra por parte del profeta.

El ejemplo por excelencia es el llamado del profeta Jeremías (Jer 1.4-10). Ser profeta es primordialmente ser oidor de la palabra de Yavé, ser receptor de esa palabra, y luego emitir esa palabra de Yavé a otros. En algunos casos se utiliza la metáfora de «colocar la palabra en la boca» del profeta.

La literatura profética

Son varias las formas de articulación de la palabra que encontramos en los profetas. Una de ellas es a través del discurso directo, es decir, el emitir palabra en forma directa. Se pueden identificar por lo menos dos tipos de discurso directo:

1. Oráculos divinos en los que Dios habla en 1ª persona (Jer 15.2-9)
2. Oráculos proféticos en los que el profeta habla en 1ª persona y se refiere a Dios en 3ª persona (Miq 3.5-8).

Ahora bien, es importante señalar que estos dos tipos se entrelazan constantemente, y uno no debería adjudicarle una fuerza retórica mayor a uno u otro. Ambas formas de articulación conforman la mayor parte de toda la literatura profética del Antiguo Testamento. Como tales, tanto el oráculo divino proferido en primera persona como el discurso profético tienen el mismo peso teológico.

Los profetas denominados *navi'*, son muy creativos en su discurso. Esto quiere decir que se nutren de varios estilos y géneros literarios: el uso del discurso legal (*riv*); de un lenguaje pedagógico característico de una escuela, del lenguaje ritual, y también el uso del idioma coloquial de todos los días reflejan la creatividad del *navi'*. No obstante, los eruditos han llegado a la conclusión de que el género más utilizado es el que se conoce como el de *anuncio de juicio*.

'ish ha'elohim ()

El significado más literal de este título es «hombre de Dios». Este título se usa mayormente para los profetas Elías y Eliseo. Son «hombres santos» que poseen el poder de lo sagrado. No son solamente intermediarios de lo divino, sino que de alguna manera, un tanto misteriosa, ellos personifican el mundo de lo sagrado dentro de lo profano.

Este breve resumen o radiografía de los profetas con sus diferentes funciones o títulos demuestra que hay una variedad y

La literatura profética

diversidad importante dentro de la categoría general denominada «profetas». Además uno puede notar una diversidad en cuanto al tipo de literatura que utiliza el profeta. No es aconsejable tratar de encasillar a un Isaías o a un Amós dentro de un solo género literario. Cada uno de ellos se vale de informes de visiones, de discursos proféticos, de relatos históricos y hasta de leyendas para expresar el contenido de sus mensajes al pueblo.

Diversidad dentro de la literatura profética

Los profetas que aparecen a partir del siglo VIII a.C. representan un amplio espectro de características personales, trasfondos sociales, contextos históricos, capacidades literarias y preocupación teológica. Es por esto que es necesario subrayar y describir la diversidad presente entre estos profetas.

En cuanto a los trasfondos personales de cada profeta, encontramos diferencias muy interesantes. El profeta Amós era un campesino del reino del sur. Según algunos estudiosos, quizá era un campesino bastante exitoso. Pero lo interesante es que Amós recibió instrucciones de Dios para ir al reino del norte y allí confrontar al rey, a los sacerdotes y al pueblo por las injusticias que se estaban cometiendo. Es paradójico y a la vez llama la atención que un simple campesino del sur fuera al reino del norte y tuviera que enfrentar a los más poderosos de la sociedad.

Isaías, en cambio, era de la ciudad de Jerusalén y tuvo acceso a todo el ámbito de la realeza. Esto hace suponer que pertenecía a la familia real. Su educación, formación y contexto fue muy diferente al de Amós. Si bien Isaías también denunció a los dueños del poder, y probablemente fue matado por la realeza, a él no se le discriminaba por ser un simple campesino del sur.

Por su parte, Jeremías nació en un pequeño pueblo al norte de Jerusalén llamado Anatot. Perteneció a una familia sacerdotal. Podemos suponer que desde su juventud fue influenciado profundamente por el contexto sacerdotal en el que se crió. Su futuro de

La literatura profética

alguna manera estaba ya definido, pero Yavé irrumpe en su vida y cambia su destino completamente. De pertenecer a un sector religioso de la sociedad y de mucho poder, Jeremías pasa a ser un marginado que cuestiona, denuncia y ataca todo aquello que ha institucionalizado a la religión.

En síntesis, los diferentes trasfondos personales de los profetas contribuyen a la diversidad de enfoque y de proclamación que existe en los documentos denominados proféticos. La experiencia y personalidad de cada uno determina en gran manera la forma en que el mensaje ha de ser proclamado.

Otro elemento que contribuye a la diversidad dentro de la literatura profética es la naturaleza misma de los documentos que hoy están en el canon bíblico. Estos documentos no son obra exclusiva de los profetas cuyos nombres aparecen en los documentos. Lo más probable es que sean colecciones de textos que fueron compilados por varias personas. El profeta no es un autor en el sentido moderno de la palabra. El profeta recibía revelación divina, proclamaba el mensaje en forma oral, pero fueron sus discípulos quienes convirtieron la proclamación oral en un documento literario. Todo este proceso complejo que se dio a lo largo de muchos años hace que el documento final que hoy tenemos no sea un documento homogéneo. La riqueza y la diversidad de los textos se debe no solamente a la creatividad del profeta individual sino también a la actividad literaria posterior llevada a cabo por los círculos proféticos, por las escuelas de los profetas y por los redactores posteriores que trabajaron y actualizaron los textos proféticos según las necesidades del momento.

Los géneros literarios utilizados para poner por escrito el mensaje profético también generan una diversidad interesante. Es sabido que muchos de los profetas fueron poetas maravillosos. El poder de **la palabra poética** es indiscutible dentro de la literatura profética. El uso de imágenes, de metáforas, de palabras de acción en la poesía hace que la proclamación llegue con más fuerza y más dinamismo. No se puede entender toda la fuerza del mensaje profético sin entender bien la poesía hebrea. No obstante, no se

La literatura profética

puede desconocer lo que se ha llamado **la prosa profética**. Si bien muchos de los profetas eran poetas excelentes e hicieron de la poesía el canal principal para la expresión de la profecía, mucha de la literatura profética está escrita en prosa profética. Este medio que utilizaron los profetas también está impregnado de pasión y de poder. La prosa profética es capaz de comunicar un mensaje que cala hondo en los corazones de los oyentes.

El oráculo profético es un medio utilizado por los profetas para articular sus proclamaciones. Este quizá es el género más simple y más antiguo. En general, a través de este género, el profeta anuncia lo que Dios va a hacer. Esto puede ser algo positivo para el pueblo o bien puede señalar los pecados del pueblo y así anunciar juicio. A través de este medio, el profeta muchas veces anuncia cual ha de ser el castigo que el pueblo recibirá. En diferentes ocasiones, el castigo puede ser una derrota frente a una nación enemiga, una sequía, una hambruna, y también el exilio en un país extranjero. De todas maneras, es importante señalar que el anuncio del castigo a través del oráculo profético siempre tiene como propósito el provocar un cambio, un arrepentimiento, y un volver a las fuentes del pacto. El propósito es pedagógico y restaurador, no simplemente castigador.

El oráculo de salvación es otro instrumento de comunicación que han utilizado los profetas. Claus Westermann ha identificado esta forma y la ha explicado de la siguiente manera. El oráculo de salvación en general tiene una estructura bastante definida:

- A. Saludo
- B. Expresiones de aliento que aseguran la salvación. Se utiliza muchas veces la expresión «no temas».
- C. El contenido del oráculo.
- D. Una conclusión que afirma al suplicante y le da seguridad y esperanza.
- E. El resultado final.

La literatura profética

Un ejemplo de esto lo podemos ver en Isaías 41.8-13

- A. **Saludo** — 41.8-9
- B. **Aliento** — 41.10a
- C. **Contenido** — 41.10
- D. **Conclusión** — 41.11-12
- E. **Resultado** — 41.13

Finalmente, mencionaremos a **las visiones** como otro medio utilizado por los profetas. Las visiones que tienen los profetas anuncian diferentes tipos de mensajes. Cuando Jeremías ve una vara de almendro y una olla hirviendo en el norte que está por volcarse hacia el sur, el mensaje es que Dios hará cumplir su palabra y que el castigo vendrá a través de una nación que atacará desde el norte (Jer 1.11-13). Isaías, en cambio, cuando en su visión ve a Dios sentado en el templo con todo su esplendor se da cuenta de varias cosas. En primer lugar entiende algo más de la tremenda santidad de Dios. En segundo lugar, se comprende a sí mismo mejor. Se da cuenta de que ante la santidad de Dios, él es un ser humano pecador que necesita de Dios. En último lugar, Isaías entiende que Dios lo está llamando a ser un profeta verdadero que esté enteramente al servicio de Dios. Una vez más subrayamos que la diversidad en la literatura profética se puede ver claramente también a través de las visiones que recibieron los profetas. Un análisis detenido de todas las visiones arrojaría una variedad enriquecedora de temas, situaciones y realidades.

Profetas falsos

En Israel, el pueblo de Dios, se dio un fenómeno muy interesante que podríamos decir continúa hasta el día de hoy. Una de las tantas tensiones que vivió el pueblo fue la de la confrontación entre los profetas verdaderos y los profetas falsos, a quienes podemos llamar los profetas profesionales. La tensión está dada entre

La literatura profética

los que **emiten** palabra de Dios y los que **imitan** palabra de Dios, entre los que **son llamados** a ser profetas y los que **se llaman** profetas, entre los que hacen **cirugía** real, y los que simplemente hacen **maquillaje**.

A su vez, este conflicto que se plantea entre los verdaderos profetas de Dios y los profetas profesionales se traslada a varias áreas de la vida. Estas incluyen, entre otras cosas, el contenido del mensaje, el estilo de vida, la relación del profeta con el pueblo de Israel, con el gobierno de turno, y con los jerarcas religiosos.

Uno de los problemas que enfrentaba el pueblo de Israel en este sentido es que los profetas profesionales no son inmediatamente identificables. Muchas de sus características son iguales a las de los profetas verdaderos. Es necesario señalar que los profetas profesionales tenían mucho en común con los profetas auténticos. Veamos a continuación algunas de ellas.

Estos profetas falsos tenían revelaciones y visiones al igual que los profetas de Dios. Además, predicaban utilizando acciones simbólicas, anunciaban oráculos, proclamaban y profetizaban en

«nombre de Yavé». Finalmente, declaraban que eran enviados por Dios, y no tenían ningún reparo en utilizar la fórmula de autoridad y anunciar: *Así dice el Señor*. En síntesis, estos profetas profesionales no aparecen como mentirosos ni engañadores. Al contrario, el ropaje que utilizan es en sí, el mismo que el de los profetas verdaderos. Asimismo, los profetas falsos también se valen de los mismos géneros literarios que los profetas llamados por Dios.

No obstante, existen diferencias importantes que debemos notar. Estas nos servirán para discernir la diferencia entre un profeta profesional y un profeta verdadero enviado por Dios. Una de las primeras acusaciones que hace Jeremías, es que los profetas profesionales hablan mentiras: *desde el profeta hasta el sacerdote, todos practican el engaño* (Jer 6.13, NVI). Y Dios mismo afirma: *Ya he escuchado las mentiras de esos profetas. Según ellos, han soñado que les he dado un mensaje. ¡Eso lo inventaron ellos! ¿Cuándo dejarán de mentir?* (Jer 23.25, TLA) Y la mentira

La literatura profética

más perjudicial que profieren los profetas profesionales es la que afirma que *todo está bien*. Es la que le dice al pueblo que van por buen camino. Estos pseudo-profetas se especializan en convencer al pueblo de Dios de que no hay peligro, de que no hay crisis, que no hay de qué preocuparse, y que todo es *shalom*. Lo más peligroso de esto es que adormecen la conciencia del pueblo con este discurso. Este discurso le vende al pueblo un mundo de fantasía, que nada tiene que ver con la realidad de corrupción, violencia e injusticia que los rodea. El problema es que esta mentira le suena bien al pueblo, porque así no se tiene que hacer una auto-crítica, no tiene que medirse frente a las demandas éticas del pacto. Puede seguir su camino, sin cambios, alteraciones ni sacrificios.

Otra cara de la mentira que venden los profetas profesionales, que están en una guerra abierta con los profetas de Dios, es que prometen fortuna y prosperidad. Los profetas profesionales ponen en boca del Dios de la vida lo siguiente: *[Ustedes] gozarán de bienestar. . . no les sobrevendrá ningún mal* (Jer 23.17, NVI). En medio de una crisis internacional, de un peligro inminente de invasión por parte del imperio babilónico, y de falta de recursos, los profetas, que están al servicio del gobierno de turno, prometen a los fieles que van a ser ricos, que tendrán prosperidad, porque el Señor se los ha prometido. ¡Pero es todo una mentira, es todo un engaño demagógico para que la gente no vea la realidad que vive!

Otra característica de estos profetas profesionales es que predicán un mensaje que es un invento, es una fantasía, y es un sueño espurio que no tiene ningún valor. Además, son tan poco originales, que se la pasan robando oráculos de los verdaderos profetas. En otras palabras, se imitan entre sí mismos. Ni en lo que inventan son genuinos: . . . *yo estoy contra los profetas que se roban mis palabras entre sí. . . que sueltan la lengua y hablan por hablar. . . Yo estoy contra los profetas que cuentan sueños mentirosos, y que al contarlos hacen que mi pueblo se extravíe con sus mentiras y presunciones* (Jer 23.30-32, NVI). El resultado de todo esto

La literatura profética

es que los seudo guías espirituales conducen al pueblo por un camino equivocado.

Finalmente, una característica clave de estos profetas profesionales es que no han sido enviados ni llamados por Yavé. El origen de su profesión no está en el haber sido enviado por Yavé, y por ende su mensaje carece de verdadero poder para cambiar situaciones, conductas y relaciones. Dios dice acerca de ellos: *Yo no los he enviado ni les he dado ninguna orden. Son del todo inútiles para este pueblo* (Jer 23.32b, NVI).

El profeta enviado por Dios

El profeta verdadero irrumpió en el escenario histórico del pueblo de Israel como una persona diferente. El profeta llamado por Dios fue una persona que encarnó la palabra *irresistible* de Dios, la sufrió y la proclamó. Tal era su identificación con esa palabra que lo tenía atrapado, que a diferencia de los profetas profesionales, este no aceptaba ningún tipo de sincretismo. Es decir, el profeta verdadero no admitía la posibilidad de combinar elementos de la adoración pagana junto con la adoración a Dios. Para él, las lealtades compartidas no eran aceptables bajo ningún punto de vista.

A diferencia del profeta verdadero, el profeta profesional no tenía problemas en propagar un estilo de vida sincretista. Es decir, el profeta profesional le facilitaba al pueblo la posibilidad de combinar elementos paganos con la adoración a Yavé. Mientras que los profetas profesionales permitían y promovían la mezcla de la adoración a Baal y de la magia junto con la adoración a Yavé, los profetas enviados por Dios llamaban a un compromiso exclusivo con el Dios creador de todas las cosas. En este sentido vale la pena recalcar que el profeta verdadero está arraigado en la tradición mosaica y en la revelación de Dios ya impartida al pueblo en el pasado. Es verdad que muchos han visto a los profetas como revolucionarios que aparecieron para proponer algo nuevo. No obstante también se los

La literatura profética

puede ver como instrumentos de Dios que contextualizaron la revelación de Dios presente en la Torá. Pensando en esa dirección, se puede sugerir que ellos tomaron las enseñanzas revolucionarias de la literatura deuteronomica y las contextualizaron a las necesidades de un pueblo que vivía bajo una monarquía corrupta y un sacerdocio institucionalizado carente de vida.

Confrontar al poder político de turno fue una de las responsabilidades del profeta enviado por Dios. Este ser *energizado* por el mandato divino analiza, cuestiona y critica al poder de turno, y en el proceso denuncia la corrupción, la injusticia y la violación de las demandas éticas de Yavé. El profeta profesional en general se acomodaba y se identificaba con el poder político. Se colocaba al servicio de los deseos del rey. De esta manera proclamaba un mensaje que le convenía al rey, porque era precisamente el rey que le proveía el pan de cada día. En cambio, el profeta verdadero vivía compenetrado de los problemas de la sociedad, del sufrimiento del pueblo y levantaba su voz ante toda injusticia.

Otra característica del profeta verdadero era que proclamaba *todo* el consejo de Dios. Al hacerlo, no restringía la libertad de Dios a un solo tipo de intervención. Si la situación requería el hacer un llamado al arrepentimiento, el profeta lo hacía con pasión. Esto lo hacía con el uso del típico verbo hebreo *shuv*, que habla de *volver*. El llamado era volver a Yavé y a las demandas del pacto. Si había que cuestionar el estilo de vida de los reyes o de los comerciantes o de todo el pueblo, lo hacía. El profeta tampoco tenía problemas en plantear demandas éticas difíciles. Una de las proclamas del profeta era que Dios no estaba atado ni al templo, ni a la ley ni a la monarquía. Entonces el verdadero profeta era capaz de deshacer la tradición asfixiante y de transformarla en aquello que daba libertad en medio de una relación de compromiso con Yavé.

En cambio el profeta profesional era selectivo y reduccionista en cuanto al contenido de su proclamación. Solamente predicaba aquello que consolaba, apaciguaba y que hacía sentir bien. En

La literatura profética

este sentido el profeta profesional intentaba eternizar el presente para que nada cambie. En el proceso institucionaliza el accionar del espíritu de Dios. Mediante una apelación al rito vacío, le roba el poder al espíritu de Dios. El profeta profesional busca ante todo mantener el *status quo* que le garantizaba un bienestar y una tranquilidad efímera. En esto se puede ver un contraste marcado con el enviado de Dios que se erigía como un agente de cambio y de transformación profunda. De esa manera el profeta se convertía en el verdadero puente entre Dios y los hombres, y también en el instrumento que provoca una alternativa basada en la relación de pacto.

Mensaje de los profetas

El profeta, a través de los diversos géneros literarios mencionados, proclamó lo que Dios quería que se transmitiera al pueblo de Israel en general, y a su liderazgo en particular. Tal como hemos señalado desde el principio, no se puede ni se debe tratar de sugerir un mensaje totalizador que caracteriza a todos los profetas del Antiguo Testamento. Cada profeta proclama un énfasis particular que se gesta en un contexto particular. Para el profeta Oseas, el tema del éxodo de Egipto es de suma importancia, mientras que el primer Isaías (Is 1-39) no se nutre de esa experiencia liberadora del pueblo para su predicación. En la profecía de Oseas escuchamos ecos de los Diez Mandamientos con mucha insistencia, mientras que la teología de Sión es algo medular para la teología de Isaías. No obstante podemos afirmar que todo profeta verdadero se presenta como presencia que desestabiliza. Un elemento importante de su mensaje es que la realidad que vive el pueblo de Israel no es la única posible, y que existen otras alternativas que se pueden articular y soñar. En palabras de Walter Brueggemann, el profeta tuvo la responsabilidad de crear y nutrir una conciencia y percepción alternativa. Esta sin duda es

La literatura profética

diferente a aquella propuesta por la cultura dominante que oprime y define realidades acéfalas y caducas.

El culto caduco

El profeta desestabiliza al articular una crítica al culto religioso vacío de contenido y compromiso. Declara que Dios odia los sacrificios y los festivales religiosos que no están acompañados por un compromiso ético con Dios y con el prójimo. El cumplimiento rutinario de ciertos ritos como si fuera algo mágico no es lo que Dios quiere. Dios exige que detrás de cada sacrificio ofrecido, detrás de cada ofrenda presentada, de cada alabanza cantada, esté el compromiso con la justicia. Dios, a través del profeta Amós, declara:

*¡Yo aborrezco sus fiestas religiosas!
¡No soporto sus cultos de adoración!
Ustedes se acercan a mí
trayendo toda clase de ofrendas,
pero yo no quiero ni mirarlas.
¡Vayan a cantar a otra parte!
¡No quiero oír esa música de arpa!
Mejor traten con justicia a los demás
y sean justos como yo lo soy.
¡Qué abunden sus buenas acciones
como abundan las aguas
de un río caudaloso! (Am 5.21-24, TLA)*

Es decir, no se puede adorar a Dios y a la vez alimentar la injusticia y la opresión. Cuando las manos de los religiosos están manchadas con la sangre de los pobres y oprimidos, toda actividad cúllica se torna abominable para Dios y para su vocero, el profeta. El mensaje del profeta es subversivo en este sentido. Su mensaje a los reyes, a los sacerdotes, a los expertos en la ley y al pueblo en general, es que el mero cumplir con ciertos ritos, prácticas y cultos

La literatura profética

religiosos no garantiza la presencia ni la protección de Dios. La demanda ética del pacto establecido entre Dios y el pueblo no puede ser ignorada a la hora de *adorar* a Yavé.

El arrepentimiento

Un porcentaje muy alto del legado profético conservado en el canon bíblico se compone de llamados reiterados al arrepentimiento. Esto se da en un contexto de alianza. El pueblo de Israel había hecho una alianza con Dios. El testimonio concreto de esa alianza era la Torá la cual debía ser obedecida. La alianza estaba basada en el amor mutuo de ambas partes y cada cual tenía responsabilidades. Con el tiempo, el pueblo de Israel comenzó a desconocer las estipulaciones de la alianza. Esta es la razón principal por la que Dios llama a profetas para que hagan un llamado concreto y pasional a que el pueblo *vuelva* (*shuv*) a la fuente (Torá) y a la relación de amor con su Dios.

El uso del verbo *shuv* (volver) es característico de los profetas y conlleva toda la connotación necesaria para el arrepentimiento. El profeta Jeremías lo utiliza mucho especialmente en su poesía de los capítulos 3 y 4 (TLA). Allí repite una y otra vez: *Israel, pueblo infiel, ¡vuélvete a mí!* (3.12); *¡Vuelvan a mí, israelitas rebeldes!* (3.14) *¡Vuelvan conmigo, hijos rebeldes! ¡Yo los convertiré en hijos obedientes!* (3.22). Luego de que Israel expresara una intención de *volver*, Dios les responde:

*Israelitas, si piensan volver,
dejen de pecar.
Desháganse de esos ídolos asquerosos,
y no se aparten de mí.
Cuando juren en mi nombre,
sean sinceros y justos
conmigo y con los demás.
Así, por amor a ustedes*

La literatura profética

*bendeciré a todas las naciones
y ellas me cantarán alabanzas. (Jer 4.1-2)*

Es claro que el profeta llama a *volver*, pero lo hace en términos de *volver* a la relación de alianza que tan claramente fue establecida en Deuteronomio. Esta relación de alianza implica una obediencia seria a lo establecido en la Torá. El *volver* no es a estilos de vida antiguos, a costumbres del pasado, ni a ritos vacíos. El *vol- ver* es para ser fiel a las demandas del pacto y así se cumplirá el deseo original de Dios de que *Judá será mi pueblo y yo seré su Dios*.

La justicia bien entendida

Los profetas se preocupan muchísimo por articular un concepto de justicia que refleje los deseos y los valores de Yavé. Esto lo hacen porque se identifican con el sufrimiento de la gente indefensa e inocente. Con el devenir de una monarquía burocratizada, se crearon mecanismos «pseudo-legales» que legitimaban prácticas injustas. Los que tenían el poder político, religioso o económico habían desarrollado instrumentos que les facilitaban el aprovecharse de la condición del pobre, del indefenso, de la viuda y del extranjero. Profetas de los siglos VIII-VII a.C. como Amós, Isaías, Miqueas y Jeremías insistieron en la necesidad de *hacer* justicia.

El vocabulario utilizado por los profetas nos señala que la justicia, como concepto relacional, es algo dinámico. Amós proclamó: *Pero que fluya como agua la justicia, y la honradez como un manantial inagotable* (Am 5.24, DHH). La justicia para los profetas no es un concepto abstracto ni una idea filosófica para discutir. Es más bien algo concreto que está en movimiento. Es cierto que en nuestro mundo occidental, la idea de la justicia se identifica con la imagen de una mujer con los ojos cubiertos teniendo una balanza. Esto refleja un concepto un tanto estático de la justicia, es decir, un sustantivo que describe equidad, igualdad, simbolizada en el estado de equilibrio de la balanza, donde todo está en

La literatura profética

descanso. En cambio, para el profeta se *hace* justicia y esta debe ser como un arroyo que fluye o como un río que purifica.

Por otra parte, para el profeta la justicia es un término *teológico*. El punto de referencia es Dios. La justicia tiene su génesis y está arraigada en el ser supremo que ante todo es justo y demanda justicia del ser humano. La justicia es inherente a la realidad divina. Lo que le provee al profeta confianza es el saber que la justicia proviene de Dios y tiene su razón de ser en Dios. Como tal, considera que todo ser humano debe reflejar el mismo sentido de justicia que está presente en la divinidad. El pueblo israelita había recibido justicia de parte de Dios, y entonces él pretende y espera justicia de parte de ese pueblo. La poesía de Isaías en el capítulo 5 expresa esta idea. A pesar de que Dios había hecho tanto por el pueblo, los frutos de justicia y rectitud brillaban por su ausencia. Pero, cuando el pueblo de Dios hace justicia, es similar al viñedo del campesino que produce uvas. Es decir, para el profeta hacer justicia es la respuesta adecuada del pueblo para con Dios por todo lo que él ha hecho en su favor.

Finalmente, es claro en literatura profética que *hacer* justicia es actuar en defensa de los débiles e indefensos. Los diferentes contextos en los que aparece la palabra justicia definen tres categorías de personas: el pobre, la viuda y el huérfano. Isaías, con pasión poética, lo expresa de la siguiente manera:

*¡Qué mal les va a ir a ustedes
los que inventan leyes
insoportables e injustas!
¡Ustedes no protegen a los débiles
ni respetan los derechos de los pobres:
maltratan a las viudas
y les roban a los huérfanos! (Is 10.1-2, TLA)*

En cambio, lo que Dios quiere es que...*aprendan a hacer lo bueno! Ayuden al maltratado, traten con justicia al huérfano y*

La literatura profética

defiendan a la viuda (Is 1.17, TLA) En este sentido, el hacer justicia es actuar en defensa de los que no tienen ningún tipo de poder. Los profetas hicieron que la manera en que se trataba al pobre y al débil era el criterio básico para medir si se hacía o no justicia. Como ya se mencionó, el profeta no piensa la justicia en términos filosóficos ni teóricos. Más bien nos guía por los barrios de la ciudad donde viven los pobres, y nos invita a que miremos los ojos de chicos de la calle. Nos desafía a que nos ocupemos de la soledad de la viuda y de la falta de afecto que experimentan el huérfano y el exiliado. El profeta también se acuerda de los ancianos que hoy están abandonados en los geriátricos. La justicia profética no ignora las familias campesinas que pierden sus campos porque son devorados por los poderosos. Es decir, la justicia profética es aquella que es capaz de hacer una excepción según las necesidades del ser humano. Es capaz de hacer una ruptura en la rutina agobiante y ofrecer una alternativa de vida.

Para el profeta, la justicia comenzará a correr como un torrente de agua viva, cuando el pueblo de Israel y sus jerarcas inviertan sus energías en erradicar la discriminación que impregnan los sistemas económicos y legales, y así proveer una esperanza genuina para los más desprotegidos.

Esperanza profética

En general, se considera a los profetas como predicadores de juicio, denuncia y destrucción final. No obstante, algo que ha sorprendido a muchos lectores serios de los profetas es la presencia de muchos mensajes de esperanza en la literatura profética. Creemos que esto es una característica clave de un profeta verdadero llamado por Dios. Si bien es cierto que el profeta es llamado a denunciar, a exponer, a hacer cirugía profunda en la vida y corazón del pueblo de Israel, también es cierto que articula una esperanza. Esto lo vemos magistralmente expresado en el pequeño poema que Dios utiliza para llamar a Jeremías:

La literatura profética

*Luego extendió el SEÑOR la mano y,
tocándome la boca, me dijo:
He puesto en tu boca mis palabras.
Mira, hoy te doy autoridad sobre naciones y reinos,
para arrancar y derribar,
para destruir y demoler,
para construir y plantar. (Jer 1.9-10, NVI)*

El mandato de construir y plantar es lo que obliga a Jeremías a proclamar un mensaje de esperanza. Quizá esta es la tarea más difícil del profeta. Es sabido que es mucho más fácil criticar, destruir, denunciar, que construir, plantar y proveer así un elemento de esperanza. El profeta pudo, en medio de situaciones de peligro, de inminente ataque enemigo, de crisis económica y política, articular una esperanza. Su mensaje de denuncia siempre tenía como propósito final la restauración del pueblo. Por ejemplo, el profeta lo utiliza para infundir esperanza todo el lenguaje sobre el remanente, esa parte del pueblo que quedaría vivo. A pesar de que la ciudad de Jerusalén y el templo serían destruidos, y a pesar de que el pueblo sería exiliado a Babilonia, la tierra de Israel no quedaría deshabitada ni desolada. Es decir, el castigo y la derrota nunca significaron la aniquilación total del pueblo. Siempre quedaría un remanente desde el cual una nación nueva, obediente al pacto renacería. Esto sin duda proveía una profunda y real esperanza para el pueblo de Israel tan vapuleado.

El vocabulario de los profetas siempre estuvo marcado por la imagen de un Dios que siempre estaría presente en la vida del pueblo. Este Yavé, comprometido con la alianza que había hecho con el pueblo de Israel, siempre obraría a favor del pueblo. La palabra final de Dios siempre está caracterizada por una nueva posibilidad y una nueva oportunidad para el pueblo. En el libro de Jeremías se proclama que Dios hará un nuevo pacto con el pueblo que abrirá nuevas alternativas de vida para el pueblo. Dios dice:

La literatura profética

*Por eso, mi nuevo pacto con el pueblo de Israel
será este:*

*Haré que mis enseñanzas
las aprendan de memoria,
y que sean la guía de su vida.
Yo seré su Dios,
y ellos serán mi pueblo.
Les juro que así será (Jer 31.33, TLA).*

*Viene el día en que cumpliré la promesa maravillosa
que les hice a la gente de Israel y de Judá. Cuando
llegue ese día, en el momento preciso nombraré a
un rey de la familia de David, que reinará con honra-
dez y justicia. Entonces el reino de Judá estará a sal-
vo, y en Jerusalén habrá seguridad. Por eso la
llamarán “Dios de nuestra justicia”. (Jer 33.14-16,
TLA)*

A través de estas y otras palabras poéticas el profeta siempre ofrece un mensaje de esperanza. No todo estaba perdido, ni todo era negativo. El profeta buscó la manera de alentar al pueblo en medio de su desobediencia y rebelión. No buscaba su derrota ni su desaliento. El profeta en medio de su denuncia severa intentaba mostrarle que otra realidad era posible.

El profeta que desestabiliza, nutre una conciencia alternativa mediante estos mensajes. Critica profundamente aquello que solo conduce a la muerte. Hace un llamado pasional a que el pueblo vuelva (*shuv*) a la fuente de toda vida. Para que esto ocurra el pueblo debe vivir y luchar por la justicia tal como la entiende Yavé. Finalmente este elemento desestabilizador se ve en la articulación de una esperanza genuina. El mundo tal como está definido por los poderosos no tiene que ser así. A través de una poesía teológica el profeta proclama que hay posibilidades de vida, y de *vida en abundancia*.

La literatura profética

Bibliografía

- Brueggemann, W.
1986 *La Imaginación profética*. Santander: Sal Terrae
- Clements, Ronald E.
1996 *Old Testament Prophecy*. Louisville: Westminster/John Knox Press
- Davies, Philip R. ed.
1996 *The Prophets*. Sheffield: Sheffield Academic Press
- Mesters, C & Equipo Bíblico CRB
1999 *Lectura profética de la historia*. Estella: Verbo Divino
- Monloubou, L.
2000 *Los profetas del Antiguo Testamento*. Estella: Verbo Divino
- Petersen, David L. ed.
1987 *Prophecy in Israel. Issues in Religion and Theology 10*. Philadelphia: Fortress Press
- Petersen, David L.
2002 *The Prophetic Literature. An Introduction*. Louisville: Westminster/John Knox Press
- Schökel, Luis Alonso y Sicre, José L.
1980 *Profetas: Introducciones y comentarios*. Tomo I y II. Madrid: Cristiandad
- Sicre, José L.
1984 *Con los pobres de la tierra*. Madrid: Ediciones Cristiandad.
- Steck, Odil H.
2000 *The Prophetic Books and their Theological Witness*. St. Louis: Chalice Press
- Westermann, Claus
1967 *Basic Forms of Prophetic Speech*. Philadelphia: Westminster Press
1991 *Prophetic Oracles of Salvation in the Old Testament*. Louisville: Westminster/John Knox Press
- Wilson, Robert R.
Prophecy and Society in Ancient Israel. Philadelphia: Fortress Press